

## MEDITACIONES EN TORNO A LA FELICIDAD

(Dios y la búsqueda del sentido)

Jorge Concha Segura

"Quandoquidem nulla est homini  
causa philosophandi, nisi  
ut beatus sit: quod autem beatum  
facit, ipse est finis boni"

"La única causa que lleva al hombre  
a filosofar es el ser feliz,  
y lo que le hace feliz  
es el fin del bien"

San Agustín: De civitate Dei XIX, 1  
Nº 3

1. Cada vez que reflexionamos, cada vez que meditamos profundamente acerca de nuestra existencia, una pregunta alza su vuelo para ubicarse en el centro de nuestras cavilaciones: ¿Cuál es el fin de nuestra vida? Quizás la pregunta púdiera formularse en otros términos: ¿Cuál es el sentido de nuestros afanes existenciales? ¿En vistas de qué nos esforzamos cotidianamente? ¿Cuáles son los propósitos últimos de nuestras inquietudes y desvelos? La respuesta pareciera ser simple: en vista a nuestra felicidad. No hay otra dirección. Sería demente aquél que ordenara su vida en dirección hacia su infelicidad.

2. Nuestra actividad moral, si nos fijamos bien, llega a constituirse en el trasunto del proceso de desarrollo de las potencialidades de nuestra naturaleza regido por las exigencias de la razón, en conformidad a lo reclamado por la verdad. No son exigencias de conocimientos inferidos de ciertos principios generales, sino de requerimientos encaminados a ordenar nuestras acciones con un objetivo preciso, que es nuestra perfección, y, por ende, nuestra felicidad. Pero ¿qué es la felicidad?

3. Para caracterizar la felicidad, convendría que la relacionáramos directamente con el bien. Con ello queremos indicar que la felicidad se define por el bien, no siendo ella un fin en si misma. Si no es ella un fin en si misma, luego, no podría ser definida si no fuera por el conocimiento y por la posesión de los bienes que la producen. Es menester entonces un conocimiento previo y adecuado según los consejos de la prudencia acerca de lo que se ha de poseer, con el fin de juzgar en su justo valor los bienes que se apetecen.

4. El bien está en directa relación con la felicidad. No nos debe caber la menor duda, el bien es realmente un fin; pero no habría bien alguno si éste no hiciera nido en los seres que tienen esta disposición hacia ese fin. Lo que hemos expresado quiere decir que todas las creaturas existen y se desarrollan en dirección a una finalidad que es su propio bien, pues ese bien se constituye en un modo de superación de algo que aún no tienen y ese "algo" es su perfección. Nuestro entendimiento "adivina" que este fenómeno es un delicado proceso en que los entes tienden a realizarse plenamente conforme a sus naturalezas que les

son propias. Pero la experiencia nos dice que este proceso se manifiesta particularmente en el ámbito de los seres vivos, no así en los demás en los cuales no se observa inclinación alguna. El hombre, entre los seres vivientes, es el que más espléndidamente manifiesta esta tendencia hacia un ideal de perfección, buscando lo que considera su bien para realizarse en su ser<sup>1</sup>.

5. Inmersos en nuestras reflexiones afirmamos, en cuanto personas, la necesidad de la búsqueda de nuestro bien y este bien es lo que nos hace felices. El bien y la felicidad constituyen una unidad ontológica. No hay felicidad donde no hay bien y donde hay bien hay felicidad. Sin embargo, no es fácil "adivinar" cuál habrá de ser nuestro verdadero bien, pues hay bienes aparentes que podrían alejarnos definitivamente del camino hacia una vida feliz (**Beata vita**). La búsqueda de bienes verdaderos supone el ejercicio eficaz de nuestro entendimiento, con el fin de pesar los datos de las circunstancias cotidianas y prever la consecuencias que pudieran dificultar nuestra búsqueda que no pocas veces se nos presenta llena de temores y de angustia. Estos fenómenos existenciales, el temor y la angustia tiene su causa en el excesivo apego a los bienes materiales. ¡Cuántas veces nos dejamos absorber por la preocupación de las cosas temporales! Dedicamos tantos desvelos dirigidos a la obtención de los bienes que impresionan y deleitan nuestros sentidos y nos olvidamos de las cosas del espíritu<sup>2</sup>.

6. Hemos de esforzarnos en la búsqueda de los bie-

<sup>1</sup> San Agustín: De Natura Boni, cap. VIII.

<sup>2</sup> Sto. Tomás de Aquino: Summa Theologica IIa IIa q.55 art. 6 resp.

nes verdaderos inherentes a nuestra calidad de ser que permitan alcanzar la felicidad (**Beatitudo**). Pero esos esfuerzos serían inútiles o se verían entorpecidos si nuestra mente no fuese previamente preparada (**purgo**), orientada a su perfección ideal. Como ya se ha insinuado, la perfección del acto del entendimiento humano reside en la abstracción de las imágenes sensibles, de tal modo que mientras más libre estuviere de aquellas imágenes, frecuentemente inoportunas, algunas de las cuales moralmente hirientes, tanto mejor podrá apreciar lo inteligible y gobernar todo lo sensible.<sup>3</sup> ¡Cuántas veces nos sentimos desanimados y angustiados por el mal que observamos a nuestro alrededor! Sin embargo no nos damos cuenta que el verdadero mal se encuentra en los aposentos mismos de nuestra morada interior, impulsándonos a veces a las peores indignidades y egolatrismos.

7. Sabemos que nuestra subsistencia especial de carácter intelectual que llamamos alma, principio vital de nuestra individualidad, sufre y es torturada cuando es implacablemente presionada por la carga de los excesos de los requerimientos de los sentidos. Es necesario entonces un impulso de cualificado amor para arrancar de nuestra morada interior el lastre de los errores innobles del pasado que debilitan su función intelectual, de manera que, confiados en la conciencia de nuestra libertad, amemos con el corazón aquello que debe ser amado, subordinando convenientemente la acción de los sentidos a la razón y a la prudencia, en un esfuerzo por corresponder al

---

<sup>3</sup> Sto. Tomás de Aquino: *Summa Theologica* IIa IIa q.15 art. 3 Cf. resp.

llamado de horizontes superiores.

8. Luego, la felicidad (**Beatitudo**), si queremos buscarla y alcanzarla, debe suponer ante todo una lucha para vencer el ruido de las pasiones que alborotan y atosigan el alma; esta victoria sobre las pasiones y las debilidades nos permitirá obrar con libertad de espíritu para escoger los bienes que son constitutivos de una vida feliz. Precisamente una libertad de espíritu que ha sido fortalecida por la virtud, habilita a nuestra voluntad para lograr el bien que se ha propuesto, siempre en el orden de la razón y en el orden del amor.

9. Se nos ha planteado entonces la exigencia de un combate contra toda miseria que intente enturbiar nuestra vista interior y adormecer nuestra conciencia. Debe efectuarse el combate. Ciertamente sería más fácil dejarnos arrastrar por los impulsos instintivos a los que algunos llaman naturales; pero ¿qué encontraríamos al final de ese recorrido? Sólo encontraríamos la angustia, el temor y el aislamiento en nuestra propia y personal miseria.<sup>4</sup> Este combate debe convertirse en victoria, pues sin victoria no hay paz interior, no hay paz determinante, paz verdadera que es fuente de la cual mana toda paz exterior.

10. En la búsqueda de la felicidad (**Beatitudo**), presentimos que encontraremos toda clase de obstáculos, dolor, sufrimiento. Esto es inevitable; es el natural proceso de la vida misma que se manifiesta en cada uno de nosotros en toda su intensidad, en toda su realidad y crueldad; pero también se manifiesta en toda su grandeza, pues como diría un poeta: vida sin problemas es vida sin

---

<sup>4</sup> Josemaría Escrivá: *Amigos de Dios*; Rialp. Madrid-1965 N° 84.

lucha; vida sin lucha es vida sin sentido; vida sin sentido no es vida; vivir una vida que no es vida, es lo mismo que no vivir.

11. Todos los hombres procuran una vida feliz (**Beata vita**); esto lo han dicho casi todos los pensadores de la tradición filosófica; por lo menos desde Platón hasta el joven Pascal. Nuestra voluntad no amengua esfuerzos para ese objetivo. Sin embargo, todo el problema del encuentro con la felicidad, consistirá en saber dónde está el "verdadero bien", puesto que una eventual "ceguera de la mente y el embotamiento del sentido"<sup>5</sup> nos puede conducir a la posesión de bienes falsos que aparte de no satisfacernos y lejos de hacernos felices nos hacen desdichados.

12. Por otra parte, la experiencia nos enseña que a menudo no sólo nos confundimos en la búsqueda del verdadero bien, sino que además **confundimos la felicidad con el placer**. ¡Cuántas veces hemos escuchado esta expresión: "Hoy soy feliz"! ¡Falso! La felicidad, si es verdadera no puede ser de un día; eso ocurre en el ámbito de los placeres. Podemos sentir placer por un instante, pero por muy prolongado que éste sea, es efímero, porque ese es el ser del placer, el ser transitorio, dependiendo en su duración de su naturaleza. Indudablemente son más duraderos los placeres del espíritu, aunque éstos tengan su inicio en los sentidos y dependan en su realidad de la calidad del sentido que actúa como puerta de entrada de las impresiones y sensaciones. Ciertamente es que a veces creemos vivir

---

<sup>5</sup> Sto. Tomás de Aquino: *Summa Theologiae* IIa. IIa q.15 art. 3 Cf. resp.

plenamente al ser profundamente afectados por fenómenos estéticos. Gozamos cuando al llegar la primavera contemplamos a las lilas y las margaritas del campo y la grácil hierba que a ese campo perfuma. Gozamos al observar los astros esplendentes de luz que guían en la bóveda celeste la marcha de las estaciones, o, cuando súbitamente nos encontramos en la cima de una montaña en medio del resplandor de fuego de un crepúsculo invernal. Son sin duda experiencias altamente afectivas y placenteras que llena de gozo nuestra alma, pero no son determinantes en la constitución de una vida feliz.

13. No, la felicidad no debe ser confundida con el placer. Si el placer está conectado con experiencias limitadas, generalmente fugaces, pues están referidos a bienes igualmente limitados; la felicidad en cambio es un estado permanente adquirido por el ejercicio productivo interior de la persona (frugalitas), en función de la calidad de los bienes o del bien que se posee.

14. Es sintomática la postura del ser humano en cuanto ente moral. Cuando está en posesión de un bien que le produce satisfacción, se empina hacia la búsqueda de otro bien mayor, cuya complacencia sea asimismo superior, en un camino de ascenso (askesis), hasta posarse en un bien tal que todos los demás dependan de él<sup>6</sup>. En él se encuentra el reposo del deseo y la alegría serena de una voluntad perfecta<sup>7</sup>.

15. La felicidad, en su única dimensión ontológica, moral y espiritual, consistirá entonces en una suerte de

---

<sup>6</sup> San Agustín: De Civitate Dei Lib. XIV, cap. 1 N° 1.

<sup>7</sup> San Agustín: Epístola CXVIII, c.III N° 13.

realización plena y permanente de nuestros anhelos; será la señal de que habremos logrado encontrar la respuesta al enigma de nuestra existencia. Sin embargo, la respuesta a esa incógnita sólo podrá ser comprendida en toda su realidad y grandeza, más allá de ella misma.